

Capítulo 36 - - Luces pálidas

Hicieron una pausa para almorzar temprano cerca de la base de las escaleras.

A Angharad le pareció morboso, comer mirando hacia abajo, donde quizás yaciera la tumba de algunos de los que participaban en la comida, pero supuso que habría sido aún peor detenerse a mitad del Camino de la Torre y cenar sobre la sepultura. Se dividieron en pequeños grupos para degustar pan duro, cerdo frío y el agua tibia que les quedaba en sus pellejos. La conversación era silenciosa, como si los espíritus abajo pudieran ser despertados por un murmullo demasiado alto, y para la noblewoman todo esto parecía el silencio previo a la tormenta.

Solo que se anunciaba otra tormenta distinta.

E que Song se sentara a su lado durante la comida ya lo intuía en parte —pero solo en parte, habría sido arrogancia pensar más allá de eso—, pero no era costumbre de Isabel hacerlo a menos que la comida fuera común. Cuando la infanzona, elegantemente, se sentó un escalón más baja que ellas, fue una sorpresa. Angharad se obligó a no fijarse en cómo Isabel había desabotonado su doblé y, dada su altura relativa, tuvo una vista... más atrevida.

Dos veces, Song miró a Angharad. Por un instante de ensueño febril, pensó que la otra mujer intentaba atraparla mirándole, pero la incredulidad creciente en el rostro de la Tianxi finalmente le aclaró que no era así. La charla trivial de Isabel sobre modas Izcalli fue interrumpida por la aguda voz de Song.

“Ruesta, sería mejor que comieras en otro lugar.”

“¿Estás tan fervientemente a favor de las faldas asimétricas?” replicó Isabel, levantando una ceja. “Pensé que te conocía mejor.”

Song dirigió su mirada hacia Angharad, como si la estimulase a hablar, y algo en ese gesto la irritó. No era una loro entrenada, para hablar solo cuando se le indicaba y que los cortesanos se rieran. Y, para mayor inri, le había dicho a Isabel, para bien o para mal, que su reputación estaba limpia.

“Solo es una comida, Song,” dijo Angharad con calma.

“Es un error,” respondió Song con franqueza. “Uno que deberías saber que no debes cometer.”

Aquí, la Pereduri consiguió reunir algo de valor. Era uno de los derechos fundamentales de una nobleza decidir quién podía sentarse a su mesa. Song era republicana, no entendería mejor, pero una ofensa involuntaria seguía siendo una ofensa.

“Puedo decidir,” afirmó Angharad con serenidad, “con quién como.”

Y sin la votación previa, casi añadió, pero se contuvo. No le parecía digno de ella ni la paciencia que Song había demostrado en esta isla. Sin embargo, los ojos de la Tianxi se entrecerraron. Isabel, siempre la pacificadora, intentó enfriar las llamas.

“Sé que no hemos sido las mejores amigas, Song,” dijo ella. “Pero quiero enmendarlo. Yo-”

“Lo eres,” interrumpió groseramente la Tianxi, “es como si cada historia al lado de la cama para los niños Tianxi se hiciese carne. Una cosa inútil, codiciosa, que solo respira tomando de quienes tienen habilidad, voluntad o decencia. Yiwu en el sentido más puro y fundamental de la palabra.”

“Eso,” dijo Angharad, “fue una falta de respeto.”

Song volvió su mirada plateada hacia ella y lo que la noblewoman vio allí le hizo detenerse. Nunca antes había visto a la Tianxi decepcionada, y sintió como si una daga le atravesara el vientre. La culpa fue rápida. La grosería no se toleraba, pero también era cierto que ésta no era la mesa de Llanw Hall. ¿No habría estado ella imponiendo una huésped a Song, violando sus modales?

“Yo también puedo decidir con quién puedo comer, Angharad,” dijo Song, metiendo en la boca el resto de su pan.

Ella tragó saliva y luego se puso de pie.

—Y lo hizo.

Song recogió su mochila y se alejó caminando. Angharad se quedó paralizada, su primer instinto era seguirla, pero su mente discutía en contra. Los ojos de Isabel la encontraron, y por un momento ardiente se preguntó si todo había sido un engaño. Si el contrato de la infanzona los había movido de alguna manera, los había hecho—

—Deberías irte —aconsejó la infanzona—. No quise interponérm en medio de ustedes, Angharad.

Luego frunció ligeramente el ceño, mirando discretamente a su alrededor.

—Y la gente ya nota algo —dijo Isabel—. Hay que hacer que parezca algo insignificante.

Ni siquiera se le había ocurrido a Angharad que pudieran estar fijando su atención en ellas, pero ahora que lo pensaba, sintió una oleada de humillación. Era como ser abofeteada en público, aunque quizás la punzada en su mejilla la provocara su propia mano. Asintió, levantándose. Song apenas se había alejado unos pasos, revisando sus municiones y ajustando su espada con cuidado. La Tianxi no le prestó atención mientras permanecía allí, así que Angharad esperó incómodamente un rato antes de aclarar su garganta.

—Deberías terminar tu comida —dijo Song—. No habrá otra oportunidad en varias horas.

Angharad no podía disculparse, porque no había cometido ninguna falta. Sería una falta de respeto a su propio honor pedir perdón por nada.

—No comprendí del todo —finalmente dijo—, la profundidad de tu aversión a Lady Isabel. Ese es mi fallo.

Su padre le había enseñado eso. Si no puedes pedir disculpas, al menos reconoce un error propio. Tendrá un significado similar y además realizará una concesión. Casi podía escuchar su voz, el sonido de sus botas sobre la grava mientras paseaban por los jardines, y Angharad dolía por esa pérdida. Nunca volvería a escuchar su voz. Ni ninguna de sus voces.

—Mi rechazo —mordió Song—. ¡Circulo y dioses!

La Tianxi levantó la vista, pero moderó su tono.

—Escuchaste lo mismo que yo, Angharad —dijo Song—. Cómo funciona su contrato. ¿Por qué permitiría que volviera a estar en tu presencia, para clavar sus ganchos en tu mente?

—Ella ha admitido sus errores y se ha disculpado —contestó Angharad—. Corté vínculos, considerándolo un empate.

—Así que ahora ella busca una nueva puntuación —suspiró Song—. Porque tú tienes un lienzo en blanco.

La noblewoman se movió incómoda.

—¿Y cómo sabes que no está usando su contrato contigo? —preguntó Song.

—No lo sé —dijo Angharad—, pero lo mismo sucede con todos con quienes he tratado. Ella me mostró su contrato, y aunque no puedo jurar que sabría reconocerlo si estuviera siendo usado, solo puede lograr mucho.

—El filtro no es lo más peligroso —dijo Song.

Hizo una pausa ante la confusión evidente de Angharad.

—Eso es lo que es su contrato —dijo Song—. Un filtro perceptivo que te permite ver lo bueno y atenuar lo malo.

El Pereduri frunció el ceño.

—¿Y cómo sabes eso? —preguntó.

Un ligero silencio.

—Porque he descifrado casi en su totalidad su contrato —respondió Song Ren con serenidad.

Por un momento, Angharad creyó haberse equivocado al escuchar, porque lo que ella acababa de escuchar era absurdo. ¿Descifrar el contrato de otra persona? Solo un dios y su contratista podían conocer esos términos, y no era como si el pacto fuera un pergamino en una biblioteca que... Pero

el rostro de Song permanecía demasiado serio, así que Angharad tragó saliva. Ella podía llamar mentirosa a la Tianxi o creerle a su palabra, y Song nunca le había mentado antes.

—Te matarían por eso—susurró con voz áspera.

No le atribuyó un nombre a 'ellos', pues había demasiados para contarlos.

—No es tan raro ni tan potente como crees—le dijo Song. —Hubo un contratista en el Fuerte Viejo que podía hacer algo similar, aunque encontrando a los dioses con el olfato.

—La corte de la Alta Reina emplea un montón de tales rastreadores—desestimó Angharad—. Pero tú hablas de descifrar términos, Song.

De poder leer algunos de los secretos más valiosos y peligrosos de todo Vesper con solo estar en la misma habitación.

—Y te dije que mi pacto no es tan poderoso como crees—respondió Song—. Deciphering no es una exageración; ¿por qué crees que aprendí tantos idiomas?

Oh, pensó Angharad, y de repente le vino a la mente que quizás Song podía ver su propio contrato. No, me dijo que no puede leer Gwynt, recordó Pereduri. Y seguramente su pacto con el Pescador debe estar escrito en la lengua antigua. Tragó saliva, sabiendo que solo obtendría una respuesta si preguntaba.

—¿Puedes—lo hiciste—?

—Tengo la noción más vaga de lo que tu contrato puede lograr—dijo Song—. Pero resulta muy difícil de mirar, como si intentara leer con los ojos abiertos bajo el agua.

Un instante de vacilación.

—Me han aconsejado no mirar demasiado de cerca—admitió Tianxi—. Que tus dioses son... temperamentales.

El Pescador no lo era exactamente, al menos en el sentido que la otra mujer quería expresar. No era una criatura propensa a arrebatos de ira o a estallidos pasajeros. La rabia en él era antigua y profunda, tallada en el hueso e inmutable.

—He conocido tormentas más amables—dijo Angharad en voz baja, pues no quería decir más.

Suspiró, resistiendo la tentación de jugar con sus trenzas. Su madre siempre le había pegado en las manos cuando lo hacía, calificando esa costumbre como desafortunada.

—Te agradecería que mantuvieras en secreto tu conocimiento de mi contrato—solicitó con tono firme.

Estaba rondando mucho las líneas del honor al pedir algo así, pero era imprescindible si quería alguna vez regresar al Reino de Malan.

—No soy chismosa—dijo Song—. Principios aparte, hablar de más probablemente me costaría la vida. Aunque no voy a hablar de tu pacto, te pido que me brindes la misma cortesía.

Angharad asintió superficialmente, sospechando que no había disimulado del todo su alivio ante la mirada plateada.

—Ante lo que te he contado—continuó Song—, reiteraré lo que mencioné antes: la parte más peligrosa del contrato de Ruesta no es el filtro, sino el hábito que induce.

Hizo una pausa, buscando las palabras.

—Una vez que te acostumbras a ver lo bueno en alguien, tu mente sigue esa senda de manera automática—dijo la Tianxi—. Ella necesita usar su contrato constantemente, porque ha enseñado a todos a su alrededor a esperar lo mejor de ella. Su hoja en blanco es favorable.

Angharad frunció el ceño.

—Lo que describes—dijo—no es muy distinto a la confianza.

Confiar y hacer buenas acciones que construyen una reputación honorable no es algo maligno; es la esencia misma de la civilización. Song parecía irritada.

—No es confianza ganada—afirmó—. Es confianza fomentada.

Luego, simplemente, era cuestión de brindar el beneficio de la duda, algo que Angharad no veía como algo particularmente siniestro en ninguno de los casos, pero entendía que decirlo solo traería más problemas a Song. La existencia de un contrato complicaba las cosas, pero utilizar la reputación propia no era un acto maligno. La verdadera infracción de honor residía en usar el contrato contra otra persona sin que lo supiera, y esa parte la había abordado Isabel.

—Escucho tus preocupaciones—dijo Angharad—. Y no me sentiría cómoda sirviendo de escudo a quien tenga la intención de usar su contrato contra otros.

—Pero—dijo Song—.

—Ella ha jurado no hacerlo, salvo por accidente—aseguró la Pereduri—. Y luego revelar su contrato públicamente una vez que llegue a un lugar sagrado.

Song la observó durante mucho tiempo, con sus ojos plateados parcialmente ocultos. Solo ella podía imaginar qué ocurría detrás de esa mirada, pues el rostro de la otra mujer permanecía tranquilo, como un estanque en un día sin viento.

—Si compartes mis inquietudes, entonces actúa en consecuencia—finalmente dijo Song—. No hables en solitario con Isabel Ruesta.

Le rozaba la irritación que alguien intentara dictarle así, pero Angharad tragó su desagrado. La petición no era autoritaria sino motivada por la preocupación por su bienestar. Hasta donde podía, inclinó la cabeza en señal de concesión, dejando que su soberbia quedara en segundo plano.

—Y una vez lleguemos al siguiente lugar sagrado, termina tus lazos de manera definitiva—añadió Song—. Ella ya no necesitará tu protección, pues contará con la de los negros, y deberá afrontar las consecuencias de sus acciones sin intercesiones.

Angharad hizo una mueca de disgusto. Era un término más severo, pero no, pensó, algo irracional de solicitar. No tenía intención de permanecer mucho tiempo en el santuario, se recordaba a sí misma. Y, aunque tentadora era la idea de dejar que Isabel pidiera una disculpa privada ahora que sabía que el contrato no tenía relación con su atracción —porque un filtro no puede crear algo de la nada—, no podía en conciencia quedarse allí solo por ese motivo. Sería un acto sumamente superficial.

—Nos separaremos en el santuario— concedió—. Y no tenía intención de intervenir cuando ella recupere su honor, pero si quieres que jure, yo—

—No hace falta—dijo Song, negando con la cabeza—. Tu palabra basta.

Tan fácilmente aceptó esa respuesta que casi hizo que Angharad se sintiera culpable por lo que había hecho: omitir la mención del tiempo en la promesa. Solo estaba dejando entreabierta una puerta, nada más—, se dijo así misma. Después de eso, quedó cierta rigidez entre ellas; no se disiparon todos los gestos, pero Song permaneció a su lado cuando todos se reunieron para dar los últimos pasos hacia abajo. Ahora sería diferente, pensó Angharad.

Las cosas siempre cambian cuando uno comprende que puede perder algo que había dado por sentado.

—

El monolito de piedra se levantaba alto, del tamaño y la anchura de un hombre.

No tenía grabados ni adornos; era solo una losa de granito toscamente labrada que custodiaba la entrada al puente. Angharad escuchaba la corriente tumultuosa del río abajo, veía la espuma blanca y las rocas afiladas bañadas en luz dorada desde arriba. Ferranda les había dicho que fallar una prueba significaba que una décima parte del puente se desplomaba, y Angharad solo veía la muerte en esas aguas. Si perdemos dos veces seguidas, estamos acabados. La brecha sería demasiado grande para cruzarla, incluso con cuerdas.

Cuando los supervivientes —todos los catorce— se ubicaron ante el monolito, hubo un momento de vacilación. ¿Quién sería el primero entre los que aún no habían sido coronados? Song se había apartado claramente de esa lista, con mucha audacia, por lo que la mirada se dirigió hacia los que todavía permanecían: Lan, Brun, Yaretzi, Cozme Aflor y Lady Ferranda. Angharad escondió su sorpresa al ver quién tomó la iniciativa.

—Yo tomaré la vanguardia—dijo Cozme Aflor, rodando los hombros—. Deséenme suerte.

Valentía, pensó Angharad, de alguien a quien no había esperado poseer tal virtud. Sin embargo, debía ser un cobarde en el fondo, pues ¿por qué más habría regresado junto a Augusto Cerdan? Si el infanzón deseado estaba preocupado por la idea de perder a su protector, no lo demostraba. El rostro de Augusto era un estudio de indiferencia.

— Intenta no morir — replicó Tupoc con indiferencia —. Sería incómodo tener que recurrir a todas las artimañas tan pronto como en la segunda prueba.

— Eres todo corazón, Xical — bufó el hombre, acariciándose el bigote.

Se acercó al puente, y el aire vibró. Podían ver claramente todo lo que sucedía, pues aunque todos habían guardado sus linternas — las pocas verdaderas, y también esas cosas de hierro que la Guardia les había regalado —, la luz dorada de la máquina superior hacía que pareciera un día extraño de verano.

La piedra se rompió, y una criatura emergió de las grietas, desgarrándose a sí misma. Era un ciempiés, un horror inmundado, con patas en constante movimiento y tamaño que igualaba el torso de un hombre. Las patas se agrandaban hacia arriba, culminando en una cabeza de mandíbulas retorcidas y curvas — parecía un cráneo sobre un pecho de costillas retorcidas, aunque todo ello cubierto por un caparazón sucio.

Cozme, en su honor, no se estremeció.

— Dios de la tierra, te saludo — dijo el hombre mayor.

— Escoge un arma — dijo el espíritu, con voz como si te hundieran la mano en un pozo de gusanos —. Úsala y enfréntate: acaba con mi marioneta para obtener el paso.

El anciano se quedó en silencio un momento, luego suspiró.

— Cuchillo — afirmó.

No era un arma respetable, pero Cozme siempre había demostrado ser mucho más que eso.

— De acuerdo — rió el espíritu.

Cozme Aflor soltó su cinturón de espada, dejándolo caer en el suelo de piedra, seguido por su pistola y la pólvora. Sacó la larga daga que llevaba en el cinturón, la cual reflejaba la luz dorada de arriba gracias a su acero finísimo de Someshwari. Sin embargo, la mirada de Angharad no estaba en el espíritu, sino en aquella criatura que temblaba y se retorcía, vomitando un río de suciedad. La bilis y el moco, llenos de cosas repulsivas y que se retorcían, se transformaron poco a poco en un hombre, centímetro a centímetro. La altura y la complexión de Cozme coincidían, y el espíritu, por fin, expulsó algo similar a un caparazón de crustáceo que la marioneta tomó con las manos. Sus dedos atravesaron la suciedad, moldeando el material en una réplica exacta de la daga de Cozme, como si fuera arcilla para dar forma.

El viejo escupió a un lado.

— He visto cosas peores en la Bruma — afirmó Cozme —. Esfuérate más.

— Comienza — siseó el espíritu.

Ambos atacaron.

Antes de que terminara el segundo enfrentamiento, Angharad comprendió por qué Cozme había elegido el cuchillo. Lo había visto disparar una pistola y usar una espada de pasada, pero no era tan diestro con ellas como con esa lanza afilada en su mano. La pelea fue brutal, más un enredo de gatos callejeros que un duelo honorable: Cozme golpeaba con sus puños y con la daga, arañaba ojos, y en la tercera pasada terminaban rodando por el suelo, el horror intentando estrangularlo, mientras ambos se golpeaban con cortes que abrían la piel, sangre y bile formando un charco pútrido. Sin embargo, el soldado de bigote no titubeó, ni cuando la cara de la marioneta se transformó en un nido de centípedos que chillaban.

Cortó, arañó y ahogó, hasta que ambos se pusieron de pie y comenzaron a luchar de nuevo.

El golpe que terminó la pelea fue el más costoso. Cozme se deslizó por debajo de la guardia del monstruo, golpeando su barbilla con la palma de la mano, haciendo que retrocediera mientras él pasaba a su lado. Luego se aproximó, clavando la daga en su garganta y desgarrándola, pero la criatura le presionó la espalda y le clavó la daga. La atacó una y otra vez, haciendo que la carne saliera en una masa corrupta, hasta que la daga de Cozme atravesó completamente la garganta, y la cabeza cayó rodando.

Se derrumbó nuevamente en la vileza que el espíritu había vomitado, empapando al soldado que rugió una maldición, pero la marioneta había llegado a su fin. Cozme arrancó el cuchillo de quitina clavado en él y lo arrojó al borde del puente.

“Te lo advertí,” jadeó.

“Qué lástima que la bilis haya entrado en las heridas,” observó Tupoc con indiferencia. “Si Tredegar no hubiera causado la muerte de nuestro amigo Tristan, quizás habría podido cuidarlo.”

Angharad ignoró el insulto y las disputas que le siguieron, manteniendo la vista fija en Cozme. Le habían herido cinco veces, pero con su abrigo no podía discernir la profundidad de las heridas. Aún parecía capaz de mover al menos su brazo. Sin embargo, la pérdida de sangre por sí sola aseguraba que no estuviera en su mejor momento. Eso era una desventaja, para cumplir con el propósito de cruzar el puente.

Era una ventaja cuando llegara el momento del fin de Augusto Cerdán para encontrarlo.

El espíritu cuyo duro test había sido superado no se dignó a darles una confirmación, sino que se deslizó de vuelta en la grieta de donde había surgido. Sin embargo, el puente no se desplomó cuando comenzaron a caminar con cautela, tan simple como la corona que adornaba la escena. Cozme se quedó atrás, Augusto ayudándolo a vendarse las heridas, y Angharad evitó tanto a uno como a otro. Con el tiempo, les enfrentaría a ambos, pero hasta entonces le era inferior a aparecer como un merodeador y hurgar en sus heridas. Se unió a la reunión frente a la segunda marca de

piedra.

“Tomaré la segunda,” anunció Brun a todos.

Unos murmullos de aprobación.

“Suerte,” dijo Lan con ternura, sonriendo con amplia expresión.

A Angharad le parecía alentador ver una buena camaradería entre los Sacromontanos tras tanto rencor entre sus infanzones. La pareja debía ser amigas.

En esta ocasión, el espíritu no resultaba tan desagradable a la vista: cuando la piedra se quebró, lo que surgió fue casi humano. Parecía un niño sin género, con el rostro arrugado por la vejez. Hablaba con una voz dulce como el flujo del agua, ofreciendo su prueba.

“Correré por mi parte del puente gritando,” dijo el espíritu. “Debes tocarme con una mano para ganar. Tienes novecientos suspiros para hacerlo.”

Brun se aseguró cuidadosamente de que el espíritu fuera tangible, y luego negoció los términos. El extraño espíritu se negó a eliminar el límite de tiempo, pero accedió a no apoderarse del alma de Brun en caso de que perdiera, solo si moría durante la prueba. A Angharad le pareció una buena oferta, aunque, por supuesto, no era tan simple: en un parpadeo después de que comenzara la prueba, el espíritu se volvió invisible. La tomó por sorpresa, pues el hombre de cabello claro había puesto las manos sobre los oídos —quizás anticipándose a que sus gritos fueran dañinos.

Ese también había sido su conjetura.

Angharad no era la que realizaba la prueba, por lo que podría ser distinto para ella, pero, en la medida en que podía entender, la única parte dañina de los gritos era que eran tan exagerados que parecía como si el espíritu se estuviera burlando de ellos.

Aun así, aunque la criatura era invisible, hacía ruido y apenas se podía distinguir el roce de sus pies en el suelo. Brun también tenía su contrato, aunque, por la manera en que el Sacromontano empezaba a buscar a ciegas en el aire, Angharad sospechaba que su poder no detectaba al espíritu en absoluto. Pero a pesar de las dificultades, el hombre era astuto y rápido — solo parecía inexplicablemente torpe hoy, como si sus extremidades se hubieran ralentizado. Era un detalle menor, pero siempre parecía fallar por centímetros al evitar los gritos y las risas del espíritu. ¿Utilizaba esa criatura alguna clase de poder para ralentizarlo?

Llegó casi al final del tiempo en que la prueba se volvió peligrosa. El espíritu comenzó a esconderse cerca del borde del puente y lo tentó una y otra vez a Brun, intentando en dos ocasiones empujarlo hacia las aguas; la segunda casi logró su cometido.

Al llegar a su novecientos^o respiro, el espíritu aún no había sido atrapado.

—Me perdiste —se rió, volviendo a aparecer un instante, lo suficiente para lucir una sonrisa burlona.

Una décima parte del puente se derrumbó bajo él, cayendo pedazo a pedazo. Angharad corrió hacia el borde justo cuando Brun hizo lo mismo, lanzándose al vacío al desaparecer su apoyo —ella le agarró el brazo, gruñendo mientras lo arrastraba hacia adelante. Sus rodillas todavía golpearon el borde del puente, sin duda causando moretones, pero lograron devolverlo a la superficie del puente. Ambos se desplomaron en el suelo y Brun rodó lejos, revelando un rostro que aún parecía tranquilo, a pesar de haber estado tan cerca de morir.

Pensó que eso era, sin duda, una muestra de valentía admirable.

—Felicidades, rata —dijo Augusto Cerdan con tono condescendiente—. Eres nuestra primera falla del día.

Angharad le dirigió una mirada fría.

—No temas, Lord Augusto —contestó—. Siempre serás así para mí, sin importar la fecha.

—¡Ja! —se burló Zenzele, y no estuvo solo.

Augusto no era querido. Sus ojos se dirigieron a la grieta que se había formado y, aunque algunos —Tupoc y Lan— sugirieron que podían atravesarla sin ayuda, otros insistieron en utilizar un garro y una cuerda. Se tardó un cuarto de hora en colocar dos ganchos en la piedra del otro lado del puente, pero una vez listos, cruzar con dos cuerdas paralelas no resultaba tan difícil. Los más cautelosos avanzaron a cuatro patas, los demás confiaron en su equilibrio.

Todos sabían que una segunda derrota seguida podría ser mortal para ellos, así que no hablaban de tomar la prueba sin que antes se revelara su verdadera naturaleza.

Una piedra se partió y de ella salieron dos formas retorcidas, desplegándose como grullas de papel. Angharad hizo una mueca al verlas, pues los espíritus que contemplaba tenían la forma de los fallecidos. Con ojos saltones, piel grisácea y lenguas demasiado largas y horribles colgando, parecían víctimas colgadas. Ambas se sujetaban al marcador de piedra con uñas afiladas, balanceándose mientras consideraban a quienes suplicaban por sus vidas.

—Júntense con nosotros —dijo el espíritu de la izquierda.

Se atragantó con su propia lengua al hablar, y el sonido resultaba casi cómico, si no fuera por la áspera voz de las palabras, como una cuerda apretada o una respiración agitada que no llega.

—Dos vienen a jugar —dijo el espíritu de la derecha—. Xiao Xiantiao. Un golpe en la cara por cada palmada perdida, y nadie podrá intervenir.

Un aire de inquietud se extendió como una neblina malévola cuando Angharad lanzó una mirada a Song, esperando una traducción. La Tianxi frunció el ceño.

—Significa “líneas pequeñas” —dijo—, pero no conozco su significado exacto.

—Es un juego infantil de palmadas en las Repúblicas. —

Las miradas se volvieron hacia la hablante: Yaretzi, que parecía incómoda ante la atención que recibía. Jugaba con uno de sus pendientes de turquesa.

—Me sorprende que nunca hayas oído hablar del juego —prosiguió Yaretzi, levantando una ceja hacia Song—. Me enseñaron por lo sorprendentemente común que es en toda Tianxia.

—Yo tuve una educación muy estricta —admitió Song.

Eso parecía una historia muy larga forzada en una frase muy corta, pensó Angharad. Sus ojos se deslizaron hacia Lan, quien soltó una carcajada.

—Oye, no me mires con esa mirada severa —dijo la mujer de labios azules—. Tengo el semblante de Tianxi, pero nací en Sacromonte. Jugábamos a pegarnos con los mentirosos, como todos los niños.

Qué nombre tan horrible. Yaretzi aclaró su garganta.

—Creo que también le llaman "la canción de la lámpara" en el mar Trebiano —dijo—. Las palabras cambian en Antigua, pero el ritmo y los movimientos son iguales.

Eso encontró su lugar.

—Yo conozco esa —exclamó Acanthe Phos—. Solía jugarla con mis hermanos.

—Entonces tendremos que ser nosotros dos —dijo Yaretzi—. ¿A menos que queramos enseñarles el juego a otros?

—No creo que sea buena idea —dijo Song—. Los juegos con palmadas son repeticiones mecánicas, ¿no?

Lo que significaba que incluso alguien más habilidoso en reflejos podía no superar a alguien que simplemente recordara el orden de los movimientos sin necesidad de pensar.

—Supongo que el juego es más complicado que solo aplaudir de izquierda a derecha —preguntó Angharad.

—Hay dos secuencias con arriba, abajo y un chasquido de dedos —respondió Yaretzi—. Y en la segunda parte, se hacen al revés.

—Entonces, para alguien que no lo conozca, aprenderlo puede ser arriesgado —opinó Angharad.

Hubo cierta discusión —Lord Zenzele sugirió que Shalini, con sus manos increíblemente rápidas, podía ser la mejor opción, hasta que ella afirmó que su contrato quizás la hacía la menos apta de todas — pero al final acordaron que Yaretzi y Lady Acanthe serían las campeonas. Después, solo había que actuar con cautela. Pedieron que los espíritus demostraran el juego entre ellos para asegurarse de que era el mismo que conocían y, tras eso, fijaron las apuestas.

Mientras uno terminara el juego y se rindiera sin morir, los espíritus aceptaron que la prueba había sido superada. Solo a cambio, exigieron que si alguna de ellas fallaba cinco palmadas consecutivas, entonces su farol sería confiscado. Comprensiblemente, ambas no estaban contentas con esto.

—Es la mejor oferta que podemos esperar —dijo Lady Ferranda.

—Fácil decirlo cuando tu alma no está en juego —respondió Acanthe con irritación.

—Harías bien —dijo Zenzele Duma con tono suave—, en no confundir paciencia con perdón, Lady Acanthe. No esperarás nada de mí tras la Prueba de las Líneas — ni de la mayoría de los presentes, creo.

La mujer llena de cicatrices por el acné los miró a todos con desdén y apretó los dientes.

—Está bien —dijo—. Lo haré. Pero ya soy vencedora y ahora arriesgo mi vida por segunda vez — a cambio, no debo ser llamada a otra prueba hasta que terminemos el laberinto.

Algunos intentaron argumentar, pero sus esfuerzos carecieron de fuerza. Angharad consideró que era una petición razonable, y por eso bajó la cabeza junto a las demás. La pareja avanzó para enfrentarse a los espíritus, quienes se arrastraron hasta salir por completo de su marcador y se sentaron en el suelo. Sus prendas de gris, de mangas anchas y sueltas, se extendieron sobre la tierra mientras escondían sus largas uñas debajo de sus pesadas túnicas azules que terminaban en sus tobillos. En posición cara a cara, las parejas se quedaron inmóviles y comenzaron a jugar.

El truco que usaban los espíritus debió haber sido obvio, pero Angharad no se le ocurrió: aunque sus manos se movían con precisión, ambos comenzaban a cantar una canción diferente.

La canción correcta tampoco era aquella.

Acanthe, sorprendida, falló en dos palmadas seguidas antes de ponerse al día. Fue Yaretzi quien la ayudó, cantando en voz alta la melodía verdadera mientras seguía adelante. La diplomática, Angharad, quedó impresionada al ver que no había perdido el ritmo. Después de eso, los espíritus comenzaron a jugar todas sus cartas. Lentificaban o aceleraban sus movimientos, mostraban la espantosa escena de sus cabezas girando completamente, lanzaban burlas e insultos. Dos veces más, Acanthe falló en las palmadas, y finalmente también lo hizo Yaretzi.

El resto se aferraba a cada gesto, sabiendo que no había nada que pudieran hacer. La mayoría prudente retrocedió cerca de la apertura, quizás pretendiendo intentar un salto para volver si fallaban la prueba. Angharad dudaba que eso sirviera de algo. Además, por más que ahora y entonces se perdiera algún golpe, ninguna parecía estar cerca de las cinco en fila que perderían su alma. Solo necesitaban aguardar hasta que—

La primera señal de que algo iba mal fue cuando Acanthe gimió tras un palmazo particularmente fuerte. El espíritu que le hacía frente se inclinó, con una sonrisa burlona, y golpeó aún más fuerte — logrando que la noble chica soltara un grito de dolor. Angharad solo podía mirar atónita la escena. La palmada había sido dura, pero seguramente no suficiente para herir a Acanthe. ¿Su

mano ya estaba herida? Solo que ambas manos la tenían en un llanto, mientras el espíritu empezaba a poner toda su fuerza en las palmadas, hasta que con un crujido nauseabundo, la muñeca izquierda de Acanthe Phos se partió.

Partida limpiamente. El precio de su contrato, pensó Angharad. Tiene que serlo. Nadie vivo tenía huesos tan frágiles.

“Sigue adelante,” susurró Yaretzi. “Solo necesitan cinco para—”

Una palmada falló, otra, una más, y otra más — y Acanthe levantó su mano rota, gritando mientras el golpe se expandía por su brazo. Apenas logró dar otra palmada después de eso, sollozando y balbuceando, y falló tres más. Una vez más su mano dañada se levantó, un grito escapándose de su garganta mientras el espíritu le golpeaba la palma, pero mientras ella comenzaba a fallar más palmadas, Yaretzi terminó una rima disonantemente alegre en cantonés y el juego terminó. Angharad exhaló aliviada.

Nunca estuvo en juego cinco en fila. Acanthe Phos conservaría su alma.

“Bien, bien,” dijo el espíritu a su izquierda. “Un juego encantador. ¿Ahora los castigos, sí?”

El del lado derecho golpeó sin advertencia, con el nudillo impactando en la barbilla de Acanthe. Ella retrocedió, gritando más por sorpresa que por dolor. Yaretzi recibió su propio golpe con más cuidado, rodando con él. La diferencia en entrenamiento fue evidente. Acanthe fue golpeada otra vez en el suelo, directo en el ojo—seguramente quedaría negro—y luego Yaretzi volvió a tener su turno. Sin embargo, ese sería el último golpe que recibiría la diplomática izcalli. Solo había fallado dos palmadas.

Acanthe Phos había fallado muchas más que eso.

Lo que ocurrió a continuación no podría considerarse una ejecución; fue un asesinato, nada más y nada menos, brutal y prolongado, ejecutado con toda la alegría. Todos observaron en un silencio angustioso cómo los espíritus se divertían con su víctima, alternando quién la sujetaba y quién la golpeaba. Después de cinco golpes, el rostro de Acanthe era un lodazal de sangre.

A los ocho, la carne estaba más allá de las contusiones, la nariz rota y el cartílago asomándose.

A los nueve, se rompió el pómago.

A los diez, perdió un ojo y empezó a ahogarse con su propia sangre.

Los espíritus esperaron después, con la cabeza de Acanthe en su regazo, mientras ella gorgoteaba y moría.

“Finaliza tu último golpe, criaturas viles,” gruñó Angharad. “Solo has ganado once.”

Risa.

“Nunca dijimos cuánto tiempo pasaba entre golpes,” dijo un espíritu. “Espera y verás.”

No fue la sangre la que mató a Acanthe, al menos no la que ella estaba asfixiándose con. Empezó a convulsionar, algo en su cráneo roto por un golpe, y murió con un quejido ahogado. Y justo cuando su último aliento abandonó su cuerpo, el espíritu a la derecha suavemente le rozó la mejilla con una uña afilada.

“Once,” dijo. “Sobrevivió uno. Ahora puedes pasar.”

Regresaron a su roca, con los estómagos llenos, y el silencio quedó instalado tras ellos.

Angharad cerró los ojos de Acanthe y Song la ayudó a arrojar el cuerpo al río, para que las carroñas no se le aparecieran.

Era poco, pero era todo lo que podían ofrecer.

—

El espíritu que esperaba más allá era un zorro plateado, cuyas modales alegres resultaban bienvenidos tras la sordidez de la última prueba.

“Tres veces liberarás aves,” dijo el zorro. “Solo una será verdadera, y esa debes matar antes de que huya lejos de ti.”

Un reto de cazador y un cazador que se adelantó para enfrentarlo: Lady Ferranda Villazur, con su mosquetón ya en mano, aceptó la prueba. Solo discutió un poco con el espíritu zorro, lo que hizo que Angharad frunciera el ceño. Con un poco de esfuerzo, tal vez podrían haber llegado a mejores términos; de pie, las cosas resultaban demasiado vagas y — finalmente pensó—. Song se había acercado sin querer, unos pasos detrás de Ferranda, y quedó claro el truco. El espíritu soltó cinco gaviotas desde su espalda, criaturas bellas, en plata perfecta, que emprendieron vuelo.

“La segunda desde la izquierda,” indicó Song.

Un chasquido, la pólvora ardió, y la gaviota cayó, mientras Ferranda recargaba su mosquetón.

“Eso no es el espíritu de la prueba,” insistió el zorro.

“No va en contra de sus reglas, dios de la tierra,” respondió Ferranda con franqueza. “Otra vez.”

Molesto, el espíritu ya no contenía su enfado. De su espalda surgieron en bandada una docena de pequeños pájaros, gorriones plateados, pero de nuevo Song dio la señal y Ferranda lo aceptó. El espíritu enfureció aún más, y la última vez soltó una auténtica plaga de aves de distintas formas y tamaños. Eso fue un error, porque las diferencias facilitaron aún más identificar el objetivo.

“Cormorán, a la izquierda del centro,” dijo Song.

El zorro desapareció antes de que la presa muerta tocara el suelo, enojadamente se refugió en su piedra. La contundencia con que había sido superada la prueba devolvió algo de valor a su grupo, enderezándose, pero Angharad creía que se necesitaría más que una victoria para borrar la sombra de la muerte brutal de Acanthe.

“Once vencedores hasta ahora,” anotó Tupoc. “Casi la mitad, y aún podemos permitirnos un cadáver.”

Por desagradables que fueran sus palabras, eran lo suficientemente ciertas para que nadie le reprochara nada.

El quinto marcador, de los diez, albergaba al espíritu más inquietante hasta entonces: una serpiente de dos cabezas, cuyas escamas mostraban vivos tonos de verde y rojo, aunque no era la reptil que les dirigía la palabra, sino las pequeñas cabezas de bebés que en sus fauces revelaban cuando abrían la boca.

“Un juego sencillo,” dijo la serpiente.

Se deslizó por el suelo, dejando una estela de aceite, y lentamente empezó a trazar una cuadrícula perfecta de diez por diez, cubriendo toda su sección del puente, salvo unos pocos metros del otro lado.

“Juegan dos,” apuntó el espíritu serpiente. “Podrán cruzar cuando no haya ojos que los vigilen, pero si los detectan, no podrán. Si son sorprendidos en movimiento, retrocederán diez pasos. Tienen setecientos respiros para atravesar.”

Inmediatamente, Ishaan se concentró en la brecha que ella había descubierto.

—¿Y permanecerás en el mismo lugar todo el tiempo?— preguntó.

—No me moveré— concedió la serpiente.

No era imposible, aunque sin duda habría alguna clase de truco en ello.

—Me parece un juego de mi agrado— dijo Lan con entusiasmo, dando un paso al frente.

—Uno— anunció la serpiente.

—Vamos, no tan rápido— dijo la mujer de labios azules.— La última vez que una prueba tenía un límite de tiempo, el dios no logró obtener un alma por una derrota, solo la muerte. Parece justo que se apliquen las mismas condiciones nuevamente.

—Rata insolente— replicó con dureza el espíritu de la serpiente.

—Me tienes en tus manos— sonrió Lan con audacia.— Y no soy ningún gran atleta, fácil de atrapar. Sería un excelente botín, si te molestaras en atraerme adecuadamente.

La boca del infante dentro de la fauces se ensimismó en un puchero, lo cual hizo temblar a Angharad de repulsión. La criatura se sintió tentada, sin embargo, decidió conformarse, aceptando que también bastaría con permanecer en una línea para ser arrojada diez pasos hacia atrás. Los términos fueron aceptados por el segundo que asumiría la prueba: Augusto Cerdan. Angharad lo observó con ojos entrecerrados mientras él avanzaba. ¿Qué ganaba el infanzon con esto? Ya era un vencedor y arriesgarse no le haría amigos.

¿O acaso era un vencedor? Augusto podía provenir de una noble estirpe, pero carecía de honor. Quizá había mentido sobre una victoria para salvar la vida. Sin embargo, habría tenido que engañar no solo a ella, sino también a Tupoc, quien — sorprendido por una vez— fruncía el ceño hacia el infanzon. De todos modos, no importaba— se recordó Angharad—. Estamos en tregua hasta que finalicen las pruebas.

—Prepárense— dijo el espíritu de la serpiente—. Comenzamos.

Los dos se posicionaron al borde de una línea, preparándose para avanzar. La serpiente giró su cabeza y ambos corrieron hacia adelante, ganando apenas medio pie antes de que ella volviera a girar. Ninguno estaba sobre la línea.

—Astuto, astuto— se quejó el espíritu—. Otra vez.

Giró y la pareja se movió de nuevo, solo un latido después, los dos fueron lanzados por una fuerza invisible.

—Oye— protestó Lan, limpiándose el polvo al levantarse—. Tus ojos no estaban en nosotros.

—¿Y dije algo acerca de mis ojos?— sonrió el espíritu de la serpiente con boca de niño pequeño.

Fue entonces cuando Angharad se dio cuenta de que ya no podía ver otra cabeza en el ser.

—Mierda— susurró Song—. Son dos espíritus, no uno.

El Tianxi tenía razón: la segunda cabeza se había dividido en otra serpiente completamente, que ahora estaba en el otro lado del cuadrado. La expresión de sonrisa la observaba desde allí, mientras Angharad repasaba mentalmente los términos del acuerdo. El espíritu tenía razón, nunca especificó que solo contarían sus ojos, y prometió que no se movería de su sitio. Como suele suceder con los espíritus, sin embargo, el pacto no impedía que fuera difícil de cumplir. Las serpientes dejaban ligeras aberturas para que la pareja avanzara, pequeñas, pero suficientes para ganar una o dos pulgadas a la vez.

Solo que cada movimiento debía ser preciso, y diez aciertos se podían arruinar con un solo error.

Cualquiera que fuera el espíritu que los atrapara, los lanzaba hacia atrás en la dirección opuesta con esa fuerza invisible y, mientras los seres los jugarretaban, Angharad comenzaba a vislumbrar el plan del enemigo. Lan y Augusto eran atrapados más frecuentemente por la serpiente del lado, desplazándose lentamente hacia el borde izquierdo del cuadrado.

Lo mismo que terminó a escasos metros de un puente sin barandilla.

"Uno debe amar el Mar Trebiano," resopló Lord Zenzele. "El único lugar en todo el mundo donde son los peces los que te pescan."

Angharad quizá habría sentido una chispa de diversión, si solo la vida de Augusto estuviera en juego. Sin embargo, Lan no merecía un final así. La pareja pronto se dio cuenta del peligro, adoptando mayor cautela con el espíritu de su lado, pero había límites a lo que podían hacer.

"Te atraparon," susurró el espíritu, y Angharad percibió su nueva treta.

Solo la serpiente del lado detectaba cuando la pareja pisaba una línea, obligándolos a desviarse. Y Lan fue empujada bruscamente unos diez pies hacia el borde, a medio dedo de la línea más alejada del cuadrado. Un error más, y caería por el precipicio.

Se quedó muy, muy quieta.

"Maldita perra," gruñó Augusto. "Si no puedes esperar el fin de la prueba, ambos—"

También fue lanzado por los aires, cayendo de rodillas pero a un pie de Lan. Tragó sus palabras, con el rostro pálido. Ninguno se movía, conscientes de que una sola equivocación los separaba de la muerte. Sus posturas, sin embargo, no eran cómodas: Augusto estaba sentado sobre la parte trasera de su pie, y las miradas de las serpientes permanecían fijas en ellos, implacables. Podían respirar, aunque entrecortadamente, pero ni siquiera podían tragar. Sus miradas se apartaron y Lan tragó saliva, aunque Augusto fue más audaz: desplegó su pierna, sobre la que había estado sentado.

El espíritu a su lado volvió a posar su vista en él antes de que pudiera terminar, dejándolo atrapado en medio. Se congeló, sin moverse, pero su pierna empezó a temblar. La postura era demasiado difícil de mantener. El temblor, al principio leve, se intensificó. Estaba temblando. Con un grito de terror, Augusto Cerdán cayó de lado y el espíritu gritó de alegría con los labios de un niño pequeño.

Un parpadeo después, ya había pasado el borde.

Angharad, con la cuerda en mano, dio un paso adelante. En el agua pudo ver al infanzón, cómo había caído sobre una de las rocas en las cataratas—gritaba como una gaviota, atravesado por un costado, y solo esa muerte lenta evitaba que la corriente lo arrastrara hacia una más rápida.

"Cozme," gritó Augusto. "Cozme, ayuda."

El hombre bigotudo miró desde el borde, permaneció allí mucho tiempo, y luego asintió con la cabeza.

"No sobrevivirás a eso," respondió. "Será mejor que te dejes llevar por la corriente, Augusto. Será más rápido."

"Maldito cabrón," gritó el infanzón. "¡Traidor! Isabel, ¡ISABEL! Tira una cuerda, te lo ordeno."

Isabel Ruesta se apartó, fuera de su vista. Parecía angustiada.

"Tredegar," intentó Augusto, entrando en pánico. "No puedes dejar que muera, no hay honor en esto, yo—"

Angharad sostuvo su mirada, por largo rato, y recordó aquella noche en el bosque cuando él había disparado la pistola. Intentó matar a la mitad de ellos para vivir un poco más.

ella apartó la vista.

Al terminar la prueba, los gritos se convirtieron en sollozos. Cuando una sección del puente comenzó a colapsar, Angharad lanzó la cuerda a Lan y la ayudó a subir con la ayuda de Ferranda. La piedra que cayó en el río ahogó incluso los sollozos de Augusto, y luego no se escuchó nada más de él. Enterrado en piedra y agua, ni siquiera quedó su cadáver a la vista.

Colocaron las cuerdas y cruzaron nuevamente.

—

El sexto marcador se partió, revelando lo que Angharad pensaba que era una cabeza de perro sin rostro, hasta que se levantó en sus patas traseras y mostró que su estómago tenía un rostro parecido a una rana.

"Liberaré una mosca," dijo el espíritu. "El primero en atraparla será el ganador."

Shalini avanzó con expresión severa.

"Me quedo con esa," dijo ella.

Nadie la desafió, pues los detalles superficiales de su pacto eran un secreto a voces.

El trueque fue rápido y exitoso. El espíritu abrió su boca y escupió una mosca del tamaño de una bala; mientras esta zumbaba alejándose, Shalini disparó al espíritu en el ojo más rápido de lo que Angharad pudo seguirle el ritmo. Aulló de rabia, girándose hacia ella, pero ella lo ignoró y avanzó rápidamente. Era un intercambio duro: justo cuando los dedos de Shalini cerraban sobre la mosca, la larga lengua con púas del espíritu se extendió y le rasgó el hombro. El espíritu maldijo, retorciendo su lengua, pero no había duda de que la mosca estaba en la mano de la Someshwari.

"Terminamos," gruñó ella. "Saca esa maldita lengua de mí."

Sus labios se estrecharon hasta volverse pálidos, tal como lo pidió el espíritu, sin mucha delicadeza. Las púas, vio Angharad, causaron más daño al salir que al entrar. La herida seguía siendo superficial, pensó. Estaba diseñada para causar dolor, no para paralizar. ¿Quizá Shalini Goel había usado su contrato una o dos veces? Esa disparada había sido demasiado rápida para ser otra cosa, pero su mano al agarrar la mosca no había sido mucho más lenta.

"Oh," dijo Lan débilmente desde atrás. "Eso no debe ser bueno."

Angharad siguió la mirada de Tianxi y se quedó inmóvil. El espíritu que acababan de vencer aún no había vuelto a su piedra, y ya el siguiente marcador, delante de ellos, se había fisurado, revelando una especie de gato hecho de gusanos.

Luego, los otros dos marcadores, más allá, también se fracturaron, y sus espíritus comenzaron a salir.

Un espíritu con forma de hombre sin piel y con una pierna soltó un grito atronador y solo dejó de hacerlo cuando el gato de gusanos saltó a su garganta intentando devorarla. El último espíritu, un caballo negro cuyo lomo se transformaba en la de una araña, atacó a ambos con sus patas.

El señor Ishaan había asegurado que el pacto de Shalini atraía atención, recordó Angharad mientras observaba a los espíritus comenzar a atacarse entre sí. Su uso tan cercano en un momento de hambruna los debió haber enloquecido.

“Pues bien,” dijo Tupoc con tono irónico. “Eso sí que complica las cosas.”

“No,” dijo Song de repente. “Mira el puente.”

Se estaban propagando grietas, vio Angharad. Cada vez que un espíritu atacaba a otro, herido en lo que eran, la parte del puente donde se sostenía su marcador comenzaba a romperse.

“Tenemos que correr,” dijo ella. “Ahora.”

En apenas tres pasos, la primera sección del puente cayó.

Angharad vislumbró adelante, tomando una rápida curva a la izquierda cuando vio que estaba a punto de caer al río, pues se abrió un agujero en el suelo. Ishaan parecía a punto de resbalar por el borde, así que ella lo jaló hacia atrás y lo arrastró con ella. El hombre intentó agradecerle, pero ella siguió adelante. Las grietas aumentaban de tamaño, cada vez más fuertes, mientras el puente comenzaba a colapsar tras ellos. Era una carrera a ciegas, imprudente, que Angharad rompió solo con vislumbres febriles de lo que tenían delante, siempre sin más de medio segundo para girar bruscamente y evitar la muerte.

El espíritu gato lanzó un grito cuando su cabeza fue devorada por la araña-caballo, y toda la sección del puente cayó tras ellos.

“¡Vamos, vamos, vamos!”, exhortó Angharad a los demás.

Para cuando llegaron a la pelea, el hombre sin piel mordía la carne del otro con unos dientes cuadrados demasiado grandes. Él giró al notar la presencia de Shalini, como si fuera atraído por su aroma, pero el otro espíritu aprovechó la distracción para hundir sus costillas desnudas con fuerza. El puente frente a ellos empezó a colapsar, pero ya estaban allí, corriendo y...

Angharad saltó, gritando con todas sus fuerzas, y los demás la siguieron.

Aterrizó de vientre, con la barbilla golpeando dolorosamente la piedra, y apenas logró apartarse antes de que Tupoc cayese en cuclillas donde estaban sus piernas. Rápidamente, Angharad se levantó, contando a los supervivientes; y a medida que el número aumentaba, también sus esperanzas—diez, once, doce. Todos habían conseguido llegar, se dio cuenta en un momento de pura alegría mientras observaba a Lady Ferranda arrastrar a Shalini desde la cornisa en la que se había sostenido.

"¡Dios Dormido!", sonrió. "Nosotros—"

Un crujido la interrumpió, arrebatándole la alegría.

Se volvió, mano en su espada, mientras el marcado revelaba al último espíritu. La última prueba. Su vientre se apretó en anticipación. No era tan diferente a los otros; no era malvado ni retorcido. El espíritu casi parecía una ballena que había crecido con cuatro patas, toda carne pálida y húmeda— aunque era más pequeño que cualquier ballena conocida, apenas del tamaño de un caballo. Su respiración era fuerte, y cuando abrió la boca dejó al descubierto filas y filas de dientes tan finos que parecían cabellos.

"Dos deben enfrentarse a mí y no deben sangrar", dijo el espíritu. "Hasta que me hayan herido tres veces. Quien sangre antes, entregará su linterna".

La voz era lenta, perezosa, y Angharad parpadeó, apartando una oleada de cansancio que le heló repentinamente las venas. Podía notar que El Pescador no estaba complacido con la incursión del otro espíritu, eso lo podía sentir. Sabía que solo se enfurecería más si persistía, así que ella era la opción más natural para esta prueba.

"Realizaré una", dijo Angharad, avanzando un paso.

"Y yo, la segunda".

Su mandíbula se tensó al ver avanzar a Tupoc Xical, con su lanza sobre el hombro. A pesar de su aversión hacia el hombre, reconocía que era un combatiente hábil. Si había que poner a prueba la fuerza marcial, no podía rechazarlo. Apartando su renuencia, le asintió con la cabeza. Él le devolvió el gesto, acompañado de una sonrisa burlona que casi la llevó a considerar estrangularlo.

"Discutamos los términos, honorable anciano", dijo Angharad.

El espíritu no estaba dispuesto a cambiar tiempo por menos golpes, ni a dar garantías demasiado precisas sobre lo que usaría para perseguirlos. Solo aceptó que no reduciría el espacio del puente.

"Habrás un truco para alcanzarlo", le advirtió Tupoc.

"Eso espero", respondió Angharad, inhalando profundamente.

(Angharad Tredegar y Tupoc Xical aceptaron los términos, comenzando la prueba).

El espíritu era rápido para su tamaño, embistiendo sin pestañear, pero ninguno de sus oponentes era amateur. Esquivaron sus golpes, mientras ella golpeaba con su cola y con la mandíbula, y Tupoc logró atinarle un golpe en un costado. Sin embargo, la carne no se partió. El espíritu rozó a Angharad en un latido, y una herida por lanza apareció en su costado, entregando su alma. La fuerza interior la mantuvo en marcha, decidida a facilitar el paso a los demás. Ella misma golpeó dos veces al espíritu, ahora sin nada que perder—primero, con un tajo profundo en su costado que no dividió carne alguna, y después, con un empujón enfurecido en la frente del espíritu.

Que partió la carne como una profunda y amplia cicatriz.

Angharad exhaló, temblando por el frío repentino en sus venas.

“Que no te toque, ni siquiera de pasada”, ordenó.

“Me encanta cuando me das órdenes, Tredegar”, respondió Tupoc, guiñándole un ojo.

Ella hizo oídos sordos a eso. El poder del espíritu era la demora de una herida, decidió Angharad. Solo mientras la herida se retrasaba, el espíritu podía infligirla a uno de ellos mediante contacto. Una maniobra difícil de superar si no se conocía. Por suerte, ellos sí lo sabían.

El espíritu era tan veloz como en su visión, pero no más que ella.

El frío ardía en sus venas, manteniendo a raya la fatiga, y el dios que hubiera bendecido a Tupoc no parecía dispuesto a permitir que el Izcalli se ralentizara. Angharad jugó con la carnada, ralentizando hasta que el espíritu cargó, y solo huyó cuando comenzó a moverse. La criatura deslizándose, intentando girar para atraparla, y eso fue suficiente para que Tupoc asestara un picotazo en su espalda. La Pereduri arriesgó una tajada superficial al cortar cerca del espíritu, ganando una herida de punta superficial por su esfuerzo, y la mirada pálida de Tupoc se posó justo en ella.

El Izcalli lo comprendió en un instante, sin necesidad de palabras.

Después de eso, se divirtieron con su enemigo. Se movía de manera previsible, solo se ralentizaba para azotar con su cola y abrir la boca cuando se acercaban, lo que permitió a Tupoc cegar uno de sus ojos — transformándose en su tajada superficial — e incluso mientras el espíritu rugía de rabia, Angharad se agachó bajo un látigo de cola para levantarse con un giro suave. Cortó a través del lado de la cola con un tajo impecable, aunque solo dejó un agujero perforado en la carne.

Era, sin duda, una tercera herida.

El espíritu se volvió hacia ellos furioso.

“Me engañaste”, le acusó.

“Yo no caí en tus trampas”, corrigió claramente Angharad. “Tu ira suena hueca, humilde anciano.”

Ella pasó justo delante del espíritu, ignorando la risa de Tupoc, y fue a reclamar el premio prometido: una salida de esa pesadilla.

—

El fin. Finalmente llegaron al final del laberinto, maldiciendo a esa criatura hambrienta de sangre.

El sudor recorriendo su espalda, Angharad subió las amplias escaleras y descubrió que apenas le molestaba la presencia de Tupoc a su lado. Él también era un vencedor en doble sentido. Podría volver a despreciarlo la próxima vez que abriera la boca. La suave pendiente terminaba en un terreno llano, resultado del azar de la mano de la naturaleza, con el suelo de la antigua caverna desprovisto de la más mínima huella de vida. Solo había dos cosas aquí: un muro de linternas colgantes y una puerta.

Seguramente había cientos de linternas, miles — y aunque muchas eran de un hierro barato, como el que la Watch les había entregado en el Viejo Fuerte, no todas eran iguales. Había de latón y bronce, delicados filigranas de plata e incluso una pieza exquisita de vidrio esculpido en forma de flor. Las llamas eran pálidas y ardían sin que todas las linternas tuvieran mecha o aire. Angharad no podía decidir qué era más inquietante: la artificialidad de eso, o que no todas las llamas ardían con la misma intensidad. Algunas brillaban intensamente, otras parpadeaban. ¿Habría otras linternas apagadas, fuera de la vista?

Sacudiéndose de sus pensamientos, la Pereduri volvió la vista a la puerta. Desde lejos parecía alta, pero desde aquí era verdaderamente colosal. Tan alta como una docena de hombres, con la mitad de ancho, y su cabeza curva terminaba en la cabeza de un león sosteniendo un aldabón en su boca. Angharad buscó una bisagra o una cerradura, pero todos los grandes paneles de bronce mostraban patrones elaborados de hierro forjado con serpientes y flores enroscadas.

El suelo, Tredegar, dijo Tupoc. ¿A menos que tengas la intención de quedarte mirando toda la noche?

Angharad volvió a despreciarlo, tal como se había predicho. Sin embargo, no se equivocaba respecto al suelo: había círculos de bronce incrustados en él, que a su vez trazaban un círculo mayor ante la puerta. Diez círculos, para ser precisos, y eso no podía ser una mera coincidencia. Su paso lento había permitido que los otros alcanzaran su punto, por lo que, pronto, Lord Zenzele soltó un suspiro al alcanzarla.

—¿Acaso habría sido demasiado que esa gorda Tianxi nos aclarara exactamente qué se necesitaba para abrir la portal? —dijo—. Confieso que no estoy de ánimo para perder el tiempo en un misterioso asunto oculto.

—La Guardia nos lo dijo.

La mirada de Angharad se deslizaba hacia la hablante, quien, para su sorpresa, había decidido avanzar sola. Lan parecía tan exhausta como ella, pero sus ojos estaban agudos.

—Una afirmación audaz —dijo Zenzele Duma—. Explícate, por favor.

—Nos entregaron una cosa antes de partir —comentó la Tianxi—. ¿Crees que es casualidad que también cuelgue en la pared aquí, Malani?

La mujer de labios azules carraspeó.

—Lady Tredegar, ¿serías tan amable de colocar tu linterna en uno de los círculos?

Angharad frunció el ceño, pero no veía razón alguna para negarse. Aunque los capuchos negros habían dicho que la linterna tocada con su sangre servía para que los espíritus los encontraran en el éter —y alimentarse de ellos si perdían—, la luz dorada de la máquina etérea sobre sus cabezas evitaría cualquier travesura. Caminó hacia el círculo de bronce más cercano, incluso mientras revisaba su mochila, colocando suavemente la linterna en el centro. Luego, retrocedió con cautela, pero nada ocurrió. Pasaron tres latidos del corazón.

—Pensé que ya me habrías provocado a esta altura —admitió Lan con franqueza a Zenzele.

—Pensaba esperar a Ferranda, así que —comenzó a decir—.

De repente, una llama, pálida y brillante, iluminó el interior de la linterna de Angharad.

—Eso quiere decir —corrigió Lord Zenzele en medio de su paso—, bien hecho, Lan. Excelente trabajo.

Para ese momento, los otros ya habían alcanzado, y el método consistía en que los demás vencedores colocaran sus propias linternas. Isabel fue la primera después de Angharad, y la Pereduri mantuvo la vista fija en la puerta mientras la linterna de la infanzona se iluminaba. Nada se movía en absoluto. De los sobrevivientes, exactamente diez triunfantes colocaron sus linternas, por lo que había diez en total. La última fue la de Ishaan, colocada dentro del círculo que Angharad había visto a lo lejos, sin mayor interés.

—Una llama en el interior del hierro, la boca de la cabeza del león abriéndose, los llamas parpadeando y luego apagándose sin dejar rastro.

Ella tragó su miedo. La bailarina espejista desenvainó su daga, justo cuando la cabeza del león de bronce cobró vida, con los ojos fijos en ella. Entonces, la luz dorada que los acompañaba siempre, en lo alto, se apagó como la vela de un interruptor. Solo por un instante, y lo mismo sucedió con las centenas de linternas en la pared.

Angharad no había visto nada, se dio cuenta, sino la oscuridad.

Se escucharon gritos de temor y desconcierto, empuñaduras de cuchillos, e incluso un disparo disparado a ciegas —o quizás no tan ciegamente, pues resonó el golpe de una bala contra el metal. ¿Había Shalini disparado? Si lo había hecho, no detuvo al espíritu en la puerta, pues todos oyeron cómo algo enorme caía frente a ellos.

—Saca tus linternas —gritó Angharad—. Las de verdad.

Luego, todo se convirtió en un torbellino de locura: todos dispersándose mientras la entidad avanzaba, sintiéndose mucho más grande de lo que parecía solo con su cabeza, incluso si tuviera un cuerpo completo. Angharad vislumbró delante una o dos veces. No guiaba su camino con los ojos, porque no veía nada, sino por el dolor de ser atacada si tropezaba. Encontró al espíritu, o algo muy parecido, y sintió cómo el viento lo golpeaba, pero no lograba alcanzarla. ¿Sería ciego en la oscuridad también?

—Aquí — gritó ella — Está aquí.

Un destello atravesó la oscuridad, revelando por un instante la silueta imponente de un león de bronce, tan grande como un carruaje, mientras la bala rozaba el objetivo y se escapaba. El espíritu se volvió en un instante, lanzándose con ferocidad, pero Angharad se apartó a tiempo. Su hombro cayó con fuerza contra la piedra, y contuvo un suspiro when algo rasgó el aire justo donde ella había estado.

—Odio a los gatos — comentó Tupoc a lo lejos, then levantó la voz —. Aquí, viejo oxidado.

El espíritu rugió con furia, avanzando a saltos, y Angharad vio cómo, por gracia, alguien finalmente encendía una linterna. Song, con ojos de plata y serenidad, había dejado la linterna en el suelo y ya cargaba su mosquete. Mientras tanto, Tupoc reía, bailando en torno al león de bronce, esquivando garras, y — la ráfaga de disparos fue tan rápida que casi pensó que solo había sido uno. Pero, en realidad, vio cómo Shalini soltaba su cuarta pistola con una expresión incrédula. La someshwari ni siquiera llevaba cuatro armas, Ishaan tenía los brazos en alto para facilitar que su compañera le arrebatara la suya.

El león de bronce rugió de nuevo, girándose, y Angharad vio que suficientes balas habían impactado en su ojo derecho, deformándolo. Sin embargo, parecía que eso no lo detenía.

—La pólvora no servirá — gritó Lady Ferranda —. ¡Armas blancas, fuera!

A la luz titilante de la linterna, avanzaron tras el espíritu. Tupoc y Angharad fueron los más rápidos, liderando la danza — esquivándose unos a otros, entrando y saliendo del alcance del león de bronce. La danza era lenta, se dio cuenta la bailarina de espejos, y no podía ver bien. Pero el monstruo golpeaba con la fuerza de una docena de hombres y estaba hecho de maldito bronce. Doble vez logró cortar su cara y costado, dejando solo una línea, y ninguno de los demás lo hizo mejor, salvo Brun, cuyo hacha hundió tan profundo en la cabeza del espíritu que no pudo sacarla. El león lo arrojó con un golpe de su cola, haciendo que el Sacromontano cayera al suelo con un grito, y los demás no tardaron en seguirle.

Ferranda fue alcanzada por el hombro del espíritu al correr y salió disparada, como si fuera una mola, inconsciente tras el impacto.

—¡Sobre mí! — susurró Angharad al monstruo, golpeando su melena tallada.

Desde el rincón de su vista, vio a Lan arrastrar a la infanzona, pero todo parecía fuera de control. Estaban perdiendo, no podían superar el bronce.

—Tu contrato — gritó Lord Zenzele —. Nair, necesitas usar tu contrato.

—Mierda — maldijo Lord Ishaan Nair, cerrando los ojos.

Y ocurrió un milagro: el león quedó inmóvil.

Al menos hasta que Ishaan empezó a gritar.

—Mátenlo — gritó Shalini —. Mátenlo ahora, o su cerebro se derretirá y —

Tupoc clavó su lanza en el ojo abollado del león, atravesando el bronce hasta que la empuñadura quedó en un tercio de la longitud. Gruñó con esfuerzo, tensando sus músculos bronceados mientras empujaba con todas sus fuerzas hacia la cabeza de la criatura.

El león se quedó quieto y Ishaan dejó de gritar.

¿Lo habían... logrado? Pasaron otros dos latidos y el león no se movió. Debió estar muerto, pensó Angharad, aunque solo Song podría confirmarlo — y, ¿dónde estaba Song? Ella no había luchado, ni siquiera disparado el mosquete que había visto cargando. No podía considerar a la Tianxi una cobarde, así que algo había pasado. ¿Estaba...? La mirada de Angharad barría la caverna, llegando hasta el borde de la luz, pero no encontró rastro alguno de ella. Solo más allá de esa sombra, avistó movimiento. Song había trepado por la pared y soltado una linterna.

Mientras Angharad observaba una llamísima y pálida llama que se encendía en su interior.

“Ren, ¿qué estás haciendo?” llamó Lan desde abajo. “Maldito idiota, tú-”

“No,” gritó Song, “Xical, no-”

La mirada de Angharad se dirigió hacia Tupoc, quien, en realidad, solo estaba colocando un pie sobre el león para prepararse para arrancarle la lanza. Se acercó para detenerlo, confiando en Song, pero el Izcalli fue más rápido. La lanza quedó libre, y por un instante nada ocurrió.

Luego, el león de bronce se movió.

No estaba muerto, Angharad lo comprendió con horror. El contrato de Ishaan solo lo mantenía dormido. La Someshwari había estado fallando en el combate de mentes antes de que la lanza de Tupoc atravesara su cráneo, distrayendo así al espíritu lo suficiente para que el contrato ganara aquella contienda. Solo ahora, el dolor de la misma lanza que le arrancaban había despertado al espíritu. El Izcalli cayó, rechazado, y Angharad golpeó su espalda.

“Ishaan,” gritó ella, “debes-”

El león la ignoró, la fina cicatriz que le infligió en la espalda, y avanzó de un brinco. Una, dos veces y, en su tercer salto, cerró la mandíbula.

La cabeza de Ishaan estalló como una uva, un fajo de rojo y gris que el león tragó entero.

Shalini soltó un sonido desgarrador, como si le hubiesen arrancado el alma, y apuñaló al espíritu con un cuchillo. Rebotó contra el bronce, demasiado a ciegas. Angharad la persiguió, gritando para captar la atención del monstruo, y tras un último trago húmedo, se dignó a girar hacia ella. Zenzele alejó a Shalini, luchando por cada paso.

Angharad enfrentó al espíritu, exhaló, y supo que lo único que le quedaba era-

El arco de la linterna fue perfecto, una obra de belleza. La caja de hierro que Song lanzó golpeó al león en un costado de la cabeza, rompiéndose como si fuera cristal, y una oleada de luz pálida surgió cuando la llama en su interior se intensificó. El espíritu rugió y gritó, pero el fuego pálido se extendió por su cuerpo de bronce y ennegreció el metal. Luchó y se retorció, pero poco a poco la llama brillante lo devoró, hasta que no quedó nada más que una cáscara ennegrecida.

Y cuando, por fin, el fuego pálido se apagó, en la distancia la gran puerta de bronce empezó a abrirse.

El sonido, notó Angharad, no podía ahogar por completo los sollozos de Shalini.

—

No se quedaron.

Shalini tomó el cuerpo de su amiga, después de envolverlo para que no se notara la falta de cabeza, y no quiso escuchar ayuda.

Más allá de las puertas, un pasillo, apenas más que un túnel inclinado hacia arriba. No había antorchas, ni luz más allá de la que traían. Sin embargo, Angharad percibía que lo que esperaba al final del pasillo era una oscuridad distinta a la que había quedado atrás—más clara, más ligera, una afuera. Pensó en el Dios durmiente, pero finalmente volvería a sentir el viento en su rostro. Subió apresurada las escaleras, con la luz de las linternas tras ella, hasta que sus piernas se agotaron y no quedaban más escalones por subir.

Al otro lado del hall, había un abismo, apenas unos pies de tierra antes del borde vertiginoso de un acantilado. Y sin embargo, Angharad sonrió, porque sobre ella brillaban las estrellas lejanas del firmamento.

Finalmente, estaban afuera, por fin libres.

Song fue la primera en alcanzarla, con el mosquete aún en mano. Juntas vieron las luces a lo lejos. Al norte, más allá de espesos bosques, donde un puerto pequeño aguardaba y las naves que las llevarían lejos del Dominio de las Cosas Perdidas. Un sendero en el acantilado a su izquierda conducía en esa dirección, serpenteando hacia la base de la montaña y la oscuridad del abajo. A su derecha, al oeste, les esperaba algo mejor: descanso.

Un fuerte salía proyectado desde la ladera de la montaña, una torre en su cima que ardía con intensidad, de un brillo pálido y deslumbrante. Aún más tentadoras eran las linternas amarillas que rodeaban la fortaleza, las señales de un refugio sagrado. Blackcloaks los aguardaban allí, pensó

Angharad, con camas, comida y seguridad antes de que se adentraran en los horrores de la Prueba de las Hierbas.

—Vamos—, dijo Song, rozando sus hombros,—necesito dormir profundamente después de este día infernal.

—Yo también—, respondió Angharad con fervor.

Echó una mirada atrás, observando que los demás estaban alcanzándolos.

Sintieron el presagio antes de escuchar el estruendo.

Un estremecimiento recorrió el suelo, la sensación de algo que se rompía. Luego, ese crac catastrófico y ensordecedor, cuando la tierra tembló bajo sus pies. Angharad apenas logró mantenerse en pie y sostuvo a Song para evitar que cayera.

—¡Oh, dioses!—susurró Tianxi con miedo.

Angharad siguió la mirada plateada, que se posó detrás de ellos y por encima de sus cabezas. Durante un instante, no entendió nada, y luego lo vio también: la cumbre de la montaña, justo encima, había desaparecido. El suelo volvió a estremecerse, y el estruendo de la roca quebrándose retumbó en sus oídos. La montaña, se dio cuenta, se estaba desplomando desde su interior, colapsando. Y cuando un tercer gran movimiento los lanzó contra la tierra, la cumbre de la montaña cayó por completo, desapareciendo de su vista. Angharad permaneció paralizada, boquiabierta hasta que el shock la sacó de su estupor.

—¡Levántense, debemos irnos—, gritó alguien, arrastrándola hacia arriba.

La siguió en silencio, atónita, viendo cómo todo se desmoronaba.

Desde la ladera, comenzaron a caer pedazos de piedra, rodando por las pendientes. Un alud, de una magnitud tan inmensa que parecía indescriptible.

No permaneció lo suficiente como para que la demolición engullera la fortaleza de la Guardia en la montaña; en aquel instante, ya corrían hacia el bosque, pero lo escuchó claramente. No había duda alguna.

El santuario quedó sepultado bajo un montón de piedras, y así inició la Prueba de las Hierbas.

Revision #1

Created 30 April 2026 09:46:31 by Michael Brown

Updated 30 April 2026 09:46:34 by Michael Brown